

Robert Marasco



OFRENDAS de VERANO

minotauro

Robert Marasco

**OFRENDAS
de VERANO**

minotauro

Ofrendas de verano

Burnt offerings

Copyright © 1973 por Robert Marasco
Publicado por acuerdo con Valancourt Books

Traducción: © Joan Josep Mussarra, 2025

Cubierta: © Cover Kitchen

Revisión: dtm+tagstudy

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1951-1

Depósito legal: B. 12.678-2025

Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

1

No corras tanto, cariño. ¡Vuelve aquí!

David, de ocho años, se detuvo en medio de la sala de estar, encogió los hombros como si hubiera esperado el golpe de un objeto afilado y luego se dio la vuelta poco a poco. Marian estaba de pie en el pequeño vestíbulo que se hallaba al fondo del apartamento, entre las dos habitaciones. Levantó el brazo como para hacer señales y apuntó a la habitación del niño.

—Ese cuarto estaba impecable cuando has entrado —dijo—. ¿Te acuerdas?

El crío arrastró los pies sobre la alfombra y sobre el piso de madera que la mujer acababa de pulir. Las suelas de goma de sus zapatillas deportivas emitían pequeños chasquidos.

—¡Esos pies, por favor! —exclamó Marian mientras el niño pasaba frente a ella. Lo siguió adentro—. ¿Ves lo que te quería decir?

David agarró la camisa de la escuela, que había quedado colgada en el pomo de la puerta, abrió el armario y metió la mano para agarrar una percha.

—Es que me había olvidado —dijo con voz nada convincente.

—Para ser un niño tan listo, te olvidas de muchas cosas —La mujer se quedó mirando mientras el pequeño metía la percha

con torpeza dentro de la camisa—. Si empiezas por colocar los pantalones, te ahorrarás una percha, ¿no te parece?

—¿Los pantalones también?

—Pues claro que sí. Y los zapatos.

Los pantalones habían quedado en el suelo, al lado de una silla. Los recogió y empezó a meter la percha en una pernera.

—¿Cariño...? —le dijo Marian con paciencia.

David bajó la percha con gesto teatral.

—No puedo hacerlo mientras me miras. Me pongo nervioso.

—Pues entonces no miraré —la mujer se volvió de espaldas y se quedó de cara a las ventanas—. Ya me avisarás.

Marian le oía rezongar sobre el fondo de los sonidos que llegaban desde el patio, que se encontraba tres pisos más abajo. Se acercó a las ventanas y ajustó las anillas de las cortinillas rojas que había echado para protegerse del reflejo de la luz en el edificio de apartamentos de enfrente: una pared de cristal y liso ladrillo blanco. Marian oyó una voz de mujer que gritaba con fuerza: «¡Darleeeene!» en el patio. Se acercó a la ventana y miró abajo.

Era una superficie de hormigón bastante extensa, delimitada por unos vagos bordes de hierba. Aunque flanqueada por bancos, servía más que nada como zona de paso hasta las entradas de un edificio con varias alas que se encontraba unos diez metros más allá. Sobre todo de tres a cinco, los bancos se llenaban de mujeres, madres jóvenes en su mayoría, cada una de ellas con un cochecito de bebé al alcance de la mano. Oyó de nuevo el grito: «¡Darleeeene!», esta vez más fuerte, y vio de pronto a una joven en pantalones cortos y blusa sin mangas que se levantaba de un salto. Señalaba a alguien que Marian no alcanzaba a ver:

—¡Ahora sí que te vas a enterar!

Dos cochecitos se apartaron para darle paso. Corrió hasta un lugar donde la mujer no la veía, y a juzgar por el chillido que se oyó entonces, Darlene se había enterado.

La semana había sido mucho más cálida de lo que correspondía a aquella estación —aquel día habían alcanzado los 25 °C y a duras penas estaban a mediados de mayo—, y el patio, como

siempre en primavera, se había transformado en un área de juego abarrotada y tumultuosa. Con el verano, las horas se alargaban y el estruendo se volvería insoportable.

Verano. Apartamento. El barrio de Queens. Todo aquello despertaba horrendas expectativas. Una vez más.

Miró de reojo a David. El niño volvió a colocar la percha en su sitio y esta se movió pesadamente de un lado a otro, y metió los zapatos de la escuela en la bolsa que les correspondía. Entonces un piano empezó a sonar en el apartamento de abajo.

Las tres y media. Aquello le servía para ajustar la hora del reloj. Primero las escalas, unos cinco minutos más o menos para entrar en calor. Luego saltaba a Bach, o a Beethoven, o lo que se ensayara aquella semana en el 2º D, de las tres treinta hasta las cinco, cinco días a la semana. A finales de mes, aquellas notas mal tocadas seguirían sonando, pero más rápidas, más potentes, más ejercitadas. Como esa última. La mujer hizo una mueca. Y esa otra. ¡Pero si estaba practicando escalas, por amor de Dios! Pero, en fin, no merecía la pena que volviera a quejarse, porque el contrato de alquiler lo decía muy claro: de nueve a nueve... así que mejor sonreír y pisar fuerte.

David cerró de golpe la puerta del armario y se plantó con los brazos en jarras.

—¿Esto ya está bien?

—Sí, ya está bien —respondió la mujer. Caminó sobre la alfombra peluda de color rojo y se agachó frente a él—. Ahora esto se ve mejor, ¿verdad? Reconócelo.

El niño no pensaba reconocerlo. Antes ya se había visto bien.

La mujer le metió la camiseta por dentro de los pantalones, luego lo atrajo hacia sí y le estampó un beso en toda la cara.

—Soy muy pesada, ya lo sé —dijo con cariño—, pero es que tú también eres un poco difícil.

El niño trató de zafarse de sus brazos.

—Voy a llegar tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para unas cosas.

—Pues llega tarde. Solo consigo verte cuando te estoy pegando gritos. Por eso te grito tanto.

El niño, impaciente, se dejó alisar los cabellos, que tenía espesos y morenos como los de Ben. Los de la mujer eran largos y de color rubio oscuro, y tan solo en una ocasión, tras cumplir los treinta en el año anterior, le había salido una cana, que se había arrancado de un tirón.

—Recuerda, no vayas en bicicleta por el bulevar, y tienes que estar en casa a las seis. A las S, E, I, S, las seis, ¿lo has entendido? Y ahora dame un beso, por favor.

David le dio un beso fugaz en la mejilla, y luego recobró los ánimos y salió corriendo de la sala.

Marian se quedó sentada sobre los talones y aguardó el portazo que sacudiría las ventanas. La habitación volvía a estar en orden, al menos por el momento. Una imagen de foto de revista de lo que tenía que ser la habitación de un niño, con cojines de Snoopy colocados en orden sobre la colcha, un pequeño escritorio-estantería de madera bien pulida, pósteres de futbolistas y láminas de armas de fuego antiguas. El pato Lucas y Alfred E. Neuman —el personaje-emblema de la revista de cómics satíricos *Mad*— compartían a partes iguales la pared que se hallaba sobre la cama. Sobre la cómoda había una maqueta de una fragata, y esparcidas por la habitación, las figuras de un Mustang, un Drácula y una momia, y un Frankenstein metálico al que se le caían los pantalones y se ruborizaba (se lo había regalado la tía Elizabeth, que tenía uno igual). A todos les había quitado el polvo y la habitación olía a fresca y a encerado reciente, igual que el resto del apartamento.

La puerta se cerró de golpe y las cortinas se agitaron levemente. Marian, distraída, jugueteaba con la pelusa de la alfombra. Sentía la vibración del piano de abajo en el suelo. Le entraron ganas de dar un golpe contra el piso, pero ya pasaba bastante vergüenza cuando se encontraba con la mujer en el vestíbulo de la entrada, o donde los buzones. Encontró un pelo blanco y lo recogió, y luego una pizca de hollín que le manchó los dedos, y

después, inclinándose hacia delante sin despegar las rodillas del suelo, escarbó entre la pelusa y encontró un jirón de tela azul, del color de la alfombra de su propia habitación. Se dijo a sí misma que tenía que vaciar la aspiradora. Pasó la mano sobre la alfombra y alisó la pelusa, y luego se incorporó, se acercó al armario y volvió a colgar la ropa de David. Durante un minuto, más o menos, se quedó mirando dentro del mueble. Las escalas que sonaban abajo se habían transformado por fin en Bach, y quizás, después de todo, el Bach del 2º D le gustara a Marian, porque había algo en la melodía que la empujó a tocar la chaqueta de traje de David, y su impermeable, y el raído albornoz azul que algún día tendría que obligarse a sí misma a reemplazar. El tacto de aquellas prendas y la melodía que se oía abajo, a pesar de todas las notas equivocadas, la llevaron a la ventana, donde aguardó a que el niño cruzara el patio. El niño no lo cruzó, pero si lo hubiera hecho, le habría llamado: «¡David!», y le habría arrojado unos *cupcakes* Yankee Doodles.

El apartamento constaba de cuatro habitaciones de buen tamaño, con paredes de yeso descascarado que Ben reparaba una y otra vez con masilla, y parqué que se levantaba tan solo un poco, de manera muy molesta, junto a los umbrales de dos de las puertas. Una vez al mes, Marian lo ponía todo patas arriba, y enceraba y pulía los suelos, y al menos una vez al mes, Ben, en calcetines, resbalaba y se agarraba al respaldo de un sillón de orejas tapizado con terciopelo y exclamaba: «¡Por Dios bendito!».

El edificio en sí era antiguo y daba a un bulevar amplio y concurrido del barrio de Queens, en el que se sucedían los supermercados, bares, cadenas de hamburgueserías y varios restaurantes chinos e italianos especializados en comida para llevar. Dos manzanas más allá se encontraba un conocido parque de bomberos y los aviones que aterrizaban en La Guardia pasaban justo por encima. El barrio estaba habitado principalmente por jóvenes casados y solteros, que ocupaban los edificios más modernos, y por personas mayores y quiroprácticos en los demás. Y por los Rolfe —Ben, Marian y David—, que habían vivido allí durante

cuatro años, por ciento sesenta dólares al mes. Una ganga, que les salía treinta dólares más barato que el apartamento anterior, el primero en el que habían vivido, un apartamento estrecho con tres habitaciones en un lugar más apartado de Queens. Siguiendo una reconocida tradición, lo habían abandonado porque querían más espacio, igual que muchas otras parejas jóvenes que terminarían por abandonar el barrio y se instalarían en una casa pequeña en Nassau, o en Suffolk. Marian estaba convencida de que ellos, los Rolfe, terminarían por hacer lo mismo. Tan solo llevaban unos años de retraso.

Cuatro años antes se habían dado cuenta de que un pequeño apartamento de tres habitaciones ya no daba cabida a todo lo que habían acumulado al cabo de un lustro de matrimonio. Especialmente de un matrimonio con Marian, que, según ella misma reconocía, era aficionada a hacerse con todo tipo de objetos o, como había dicho Ben en cierta ocasión durante un inusitado ataque de ira, «obsesa con guardar todo tipo de trastos». Y así, para no tener que caminar de lado —agachándose de vez en cuando— cuando iban de habitación en habitación, se mudaron. En busca de espacio, economía y comodidad. El edificio era grande y —podían poner a Dios por testigo— animado. Estaba abarrotado de mujeres embarazadas, niños de corta edad que chillaban en los pasillos y niños de más edad que garabateaban obscenidades en el ascensor cuando este funcionaba, olores de cocina y un viejo que meaba bajo los buzones, radiadores que armaban estruendo, cañerías dudosas, un problema de cucarachas y, en una ocasión indescriptible, también de ratones. Un negro polígamo, el señor Ives, al que solían llamar «el Fantasma», se encargaba de realizar una mínima supervisión.

Al pasar los años, les iba pareciendo que no habían hecho un negocio muy bueno con aquel 3º D, o por lo menos no se lo parecía a Marian, que se pasaba la mayor parte de su tiempo en el apartamento. (Tres o cuatro veces al año firmaba un contrato para un empleo temporal en una oficina y así podía permitirse una nueva e irresistible compra: una cómoda de estilo

provincial francés, o la posesión de la que más se enorgullecía: un escritorio de caoba y bronce dorado). Hacia mayo, al acercarse el verano, se ponía de mal humor, irritable. Empleaba buena parte de su tiempo en limpiar el apartamento y luego volverlo a limpiar. («¡Por Dios!», exclamaba Ben. «Esto parece Dunsinane.» Cuando le explicó la referencia, la mujer le arreó un sopapo.) En vez de escuchar como buena terapeuta las quejas que Ben desgranaba antes de la cena sobre el señor Byron —director del instituto de enseñanza secundaria—, sobre lo tontos que eran los críos o sobre la señorita MacKenzie —la cretina que dirigía el Departamento de Inglés de Tilden—, Marian contraatacaba con una letanía propia, en la que se quejaba del calor, el ruido y el hollín, la vida siempre igual, el asfixiante e insoportable aburrimiento de la ciudad en verano. Una ciudad, un infierno. Queens. El espacio, la economía, la comodidad... dejaban de tener importancia de junio a septiembre, porque durante esa temporada el apartamento, al menos desde su punto de vista, se volvía inhabitable, inhabitable del todo. ¿Por qué no lo hacían, aunque fuera una sola vez? Echar las fundas sobre los muebles para protegerlos del polvo, dejarle la llave a la tía Elizabeth y marcharse a un lugar fresco y tranquilo, o por lo menos tranquilo. De todos modos, encontraría trabajo temporal en alguna oficina en septiembre.

Había quitado el polvo hacía apenas un par de horas y ya había una capa de hollín sobre el alféizar de la ventana de su dormitorio. Recogió las cortinas, sopló a lo largo del doble alféizar hasta sentir dolor en las mandíbulas y bajó los cristales de las ventanas. La pared de ventanas y ladrillo blanco se encaraba con la habitación de ambos, igual que en el resto de las habitaciones. Y la Supervisora, según advirtió Marian, se hallaba en su puesto y observaba todo lo que ocurría en el patio: una mujer enorme que obstruía una ventana entera del cuarto piso. Parecía que estuviera siempre allí, cual gárgola bulbosa, apoyada en un cojín y con mirada impasible. Ben insistía en que era una divinidad doméstica y en que estaría desnuda de la cintura para abajo.

Marian añadía el adjetivo «íntimo» a fresco y tranquilo. Tan solo un poco de intimidad. Poder hacer el amor aunque fuera una sola vez sin cerrar las ventanas ni bajar las persianas, ni preocuparse por las camas que se hallaban al otro lado de la pared, del suelo, del techo. (A ella le preocupaban; a Ben no podían importarle menos.) Hacían el amor con las luces encendidas y en cierta ocasión algo había golpeado el suelo con un ruido sordo en el piso de arriba, había agrietado el yeso y había provocado que la persiana se recogiera mientras estaban en plena faena, y los había dejado a la vista frente a una pared cubierta de ventanas iluminadas.

—Esto es como en un chiste guarro —le había dicho Ben mientras volvía a meterse en la cama. Se había reído como un demonio. Marian se había dado la vuelta y se había puesto a dormir, y así lo había hecho callar.

Está bien, quizá Marian exageraba... para hacerse notar, como una sala recargada en unos grandes almacenes. Quizás aquello no fuera tan malo después de todo, aunque probablemente sí lo era. Tan solo un mes, dos meses, y estaba convencida de que volvería renovada y que la paranoia galopante quedaría controlada para otros nueve meses.

El día antes había echado una ojeada a la sección de anuncios de *The Times* y había leído en voz alta a Ben los que le parecían más viables. Ben había respondido a cada uno de ellos con gruñidos que no le comprometían a nada. La mujer no le había insistido. En domingo, el verano le resultaba menos amenazante. Aquel día, sin embargo, cobraba realidad, estaba al caer, y eso era lo que le importaba. Y la perspectiva de pasarlo en Queens, con —tal vez— un par de semanas en el norte del Estado y ocasionales excursiones a Jones Beach o Bear Mountain, se le volvía aún más insoportable. Ben estaría libre todo el verano. No tendría clases, ni cursos de verano. David estaría libre. Y de hecho ella misma estaría libre. Y no se podía decir que les faltara el dinero.

Asintió para sí misma, convencida, y se fue a la sala de estar.

El martilleo del piano se escuchaba justo debajo. Se acercó al montón de revistas y sacó *The Times*, que había quedado abierto por «Apartamentos para las vacaciones». Una vez más recorrió las columnas con los ojos, concentrándose en las vagas posibilidades que había rodeado con una línea de bolígrafo el día anterior («pajas mentales», según Ben). Al cabo de poco ya ni siquiera oía las notas equivocadas del piano.

Parada de autobús, boca de incendios, camino de entrada. Aquel barrio maldito se estaba volviendo aún peor que Manhattan. Había encontrado dos posibles aparcamientos en el bulevar, ambos con parquímetro, y un tercero en la 39ª, donde el Camaro no cabía. Había dado dos vueltas a la manzana, había probado algunas calles laterales que lo alejaban del apartamento con sus señales de sentido único. Diez minutos antes había pasado frente a su edificio, que luego había quedado enterrado más allá de la barrera que le oponían las Carleton Towers, las Gibson Arms, las Mulberry Heights. ¿Quién diablos había sido Carleton? ¿Y Gibson? ¿Dónde quedaba la mierda esa de las Heights? ¿Y cómo era que cuatro de cada cinco días la tarea de aparcar un monovolumen destartado de color amarillo adquiría proporciones wagnerianas? El semáforo que tenía enfrente se puso en rojo. Ben arreó un puñetazo al maletín que llevaba a un lado, exclamó «¡Mierda!» y agarró un cigarrillo.

Un avión pasó rugiendo sobre los árboles delgaduchos que se habían cubierto ya de follaje. Cuatro o cinco críos de la edad de David venían hacia él en bicicleta. Dejaron de pedalear en la intersección, uno de ellos se volvió hacia la calle que se cruzaba con la suya y dio un giro brusco para evitar a un automóvil que, por fortuna, circulaba a poca velocidad. Ben hizo una mueca y luego negó con la cabeza. Sermón sobre bicicletas. Aquella misma noche.

El maestro que moraba en su interior habría gritado algo a los muchachos, sobre todo al más pequeño, pero unos quince metros más adelante, en la misma acera junto a la que se hallaba,

una persona estaba subiendo a un coche aparcado. Miró con nerviosismo en dirección al semáforo, a los amenazadores vehículos que se le acercaban y al cabroncete que circulaba por la calle lateral hacia el semáforo en verde. Venga, semáforo, hazme el favor de cambiar. La mujer se subió a su coche, las luces de atrás se encendieron. El coche empezó a moverse y en un instante de torpeza, entre sacudidas, el espacio empezó a quedar libre. Ben avanzó poco a poco con el Camaro, el semáforo se puso en rojo y el hombre llegó a la conclusión de que, después de todo, Dios existía.

Al llegar a la cafetería que se encontraba frente a su edificio, Ben no recordaba ya dónde había aparcado el coche diez minutos antes. Se dio cuenta sin haber pensado en ello siquiera: una súbita punzada, como un codazo en las costillas, y una vocecita maliciosa que le decía: «Oye, tío listo, ¿dónde lo has dejado?» Agarró un ejemplar del *Post* y un paquete de cigarrillos, pagó a la anciana que jamás sonreía y salió de la cafetería mirando el titular. Aguardó en la esquina a que cambiara la luz del semáforo y, aunque supiera con exactitud dónde se encontraba el coche, volvió a trazar mentalmente el camino para que quedara fijado en su memoria. Dos manzanas en línea recta, a la derecha hasta el semáforo, a la izquierda hasta el siguiente semáforo, y allá estaría. Miró el titular —Nueva York volvía a estar al borde del desastre, según un aburrido párrafo sobre recortes de presupuesto— y se detuvo. De hecho los semáforos eran tres: dos que había cruzado y uno en el que se había detenido. El niño de la bici de la misma edad que Davey... por Dios bendito, qué idiota era. Sabía muy bien dónde había aparcado aquella mierda de cafetera. Dobló el periódico y se lo metió bajo el brazo.

Un autobús pasó poco a poco por el lado de la acera. Ben se apartó de los humos del tubo de escape, pasó el maletín a la mano izquierda y se aflojó un poco la corbata. El pensamiento persistía... irritante, trivial. Trató de deshacerse de él, de pensar en algo más importante: la crisis fiscal, el ruido, la corrupción en las altas esferas, el tráfico rodado, la contaminación. El imponente

y feo montón de piedras que se encontraba al otro lado de la calle. ¿Qué clase de sitio era aquel para criar a un niño? Nassau, Suffolk... habría alternativas, ¿no? Quizás incluso Rockland, o un lugar aún más al norte dentro del mismo Estado. Marian tenía razón: la ciudad se volvía cada día menos atractiva, más abrasiva. Tal vez deberían empezar a pensar en serio en marcharse. Aquello era importante, mucho más importante que el hecho de que, ¡sí!, hubiera perdido el condenado coche.

Hum, ¿tenía que ir a buscarlo de inmediato, o esperar a la mañana? ¿Salir de casa quince minutos antes y dar vueltas por las calles como el idiota despistado que obviamente era? Pasó el maletín a la mano derecha. La chaqueta se le pegaba al cuerpo, un transistor sonaba a todo trapo muy cerca de allí y alguien tocaba con entusiasmo la bocina detrás de un coche que había hecho un giro prohibido. Una parte de su cerebro estaba apagada, dormida, y los sonidos le afectaban como un trozo de comida sin digerir. Tensión, lo llaman tensión. ¡Joder!, lo que tenía que aguantar a lo largo del día... problemas frustrantes, fastidiosos y estúpidos que lo machacaban de verdad.

«¿Cuánto tiempo pasará hasta que explote?», se preguntaba, antes de que la parte de su cerebro que conservaba la razón le dijera: «Yo ya no puedo más, niño, a partir de ahora te las apañas tú solo». Y la cuerda se soltaría y se iría hacia arriba, cada vez más arriba, como un globo. Más y más lejos... respiró hondo, se imaginó la trayectoria de vuelo sobre su edificio, hinchó las mejillas y chasqueó los labios. La niñita que, según acababa de notar, esperaba junto a él en la acera, lo estaba mirando. *Sonríe, bonita*. Repitió el sonido, más elaborado que antes, para que ella lo oyera, y esta vez la pequeña se cubrió los labios con la mano y soltó una risilla.

—¡Hola! —le dijo—. ¿Qué es lo que llevas en la bolsa?

—Ring-Dings —respondió la niña después de un instante de silencio, y soltó otra risilla.

—¿Y qué es un Ring-Ding?

—Es un tipo de pastelito —y Ben oyó «idiota» en el subtexto.

El semáforo cambió y la niña cruzó la calle corriendo con sus piernas largas y flacas.

Al llegar a la esquina opuesta, Ben se detuvo tan solo unos instantes, hizo un último esfuerzo por recordar, llegó a la conclusión de que aquello era absurdo y que no merecía la pena dedicarle tantas molestias, y se dirigió a la entrada del edificio. Saludó con un alegre «¡Buenas tardes, señoras!» al puñado de ancianas que se había instalado en sillas de camping al lado de la entrada para chismorrear y contemplar el tráfico. En el vestíbulo, que olía a repollo, se encontró con el Sr. Girolamo, que había sufrido un ataque al corazón el año anterior y se pasaba la mayor parte de su tiempo a la espera del cartero. El Sr. Girolamo le preguntó si le parecía que ya hacía calor y Ben le respondió que sí, y que cómo se sentía últimamente. Pues bien. Añadió que habían reparado el ascensor aquella misma mañana. Bueno, ya veremos lo que dura, observó Ben, y el Sr. Girolamo, que tenía sesenta años y aparentaba ochenta, se rio sin convicción.

Marian se había cambiado los vaqueros y la camisa de trabajo descolorida por una blusa azul celeste, del color de sus ojos, y una falda roja de mezclilla. Se hallaba frente al espejo del baño y se pasaba un peine por los cabellos. En alguno de los apartamentos D, alguien había tirado de la cadena del inodoro, y detrás de la cortina floreada de la ducha caía un goteo lento y constante que manchaba de azul la porcelana. Hacía tiempo que aquellos sonidos formaban parte del ambiente. Marian apenas los notaba. El peine susurraba entre sus cabellos, en largos movimientos descendentes. Se detuvo, acercó la cara al espejo y la giró un poco hacia la derecha. Se pasó un dedo por la sien para desenredar los cabellos. Había cuatro lámparas cilíndricas instaladas sobre el espejo (un intento desesperado de Ben por aportar glamur a sus vidas). Ajustó una de ellas —una de las blancas, no de las rosadas— y la apuntó hacia un lado de su cabeza. Falsa alarma. Reajustó la lámpara. Treinta y tantos, le dijo al espejo. Acéptalo. Lavó el peine y limpió el mostrador de

mármol rosa (que habían instalado ellos, no era del edificio), y jugó al ajedrez unos momentos con los frascos y tubos de colores, y el tarro de jabón de «muestra». Al oír la llave en la cerradura, se quitó algunos pelos que le habían quedado por los hombros y apagó las luces. El baño olía a lilas.

—Soy yo —anunció Ben.

Marian entró en la sala de estar y vio que Ben revisaba el correo e iba dejando las cartas a un lado. La mujer le puso los brazos sobre los hombros y le dijo «Hola, cariño», y le dio un beso. A un lado del teléfono, sobre el escritorio, vio el periódico con las anotaciones que ella misma había hecho. Ben ni siquiera se había fijado.

—¡Hace calor! —dijo Ben, y se apartó de ella. Se detuvo en medio de la sala y husmeó—: Esto huele a aceite de limón.

—Es que tenía muchas cosas por hacer —respondió Marian—. ¿Te apetece una cerveza?

—Estaría bien —contestó Ben, y gruñó, con un gruñido muy estudiado, al oír el piano en el piso de abajo. En el momento en el que Marian salió de la sala de estar, el hombre chasqueaba los labios y gruñía aún más fuerte.

La mujer se dirigió a la cocina, donde tenían un pequeño espacio para comer, frente a una ventana con cortinas de colores vivos. El suelo de vinilo, adornado con un estampado de guijarros rosados, relucía. Marian sacó dos cervezas de la nevera y luego metió la mano en una vitrina pasada de moda (ella misma había pintado los cristales de color verde brillante) para sacar los vasos. En cualquier momento, Ben se fijaría en el periódico con todos aquellos números de teléfono de aspecto sospechoso, y anuncios rodeados con un círculo o tachados con una cruz. ¿Tendría que haber hecho las llamadas? ¿O había sido mejor esperar? Ya era demasiado tarde. Llenó los vasos de cerveza frente a un gran tablero de clavijas del que colgaban ollas de cobre relucientes.

—Yo ya no aguanto más —gritó Ben, de pronto, desde la sala de estar. Su voz se elevó hasta transformarse en parodia de alarido—. ¡Yo ya no aguanto más!

Marian se volvió hacia aquel sonido y, antes de que pudiera hacer nada, las ollas de cobre empezaron a sufrir sacudidas y entrechocar. El apartamento entero retemblaba, el suelo de la cocina vibraba. Se oía un «pom, pom, pom» en la sala de estar, un tintineo de cristales.

—¡Dios mío! —chilló—. ¡Ben!

Irrumpió en la sala de estar y vio que Ben saltaba arriba y abajo por la alfombra, sobre el lugar donde se oía el piano. Las lámparas pegaban sacudidas y una figura de porcelana se desplazaba poco a poco hacia el borde de una mesilla. Marian la agarró, miró atemorizada por la sala y gritó:

—¿Te has vuelto loco? ¡Para de una vez, Ben, para de una vez!

El hombre dio un último salto con los talones juntos y se detuvo cuando el sonido del piano empezó a perder fuerza.

—¡Escucha! —susurró—. Creo que ha funcionado.

—Estás totalmente loco. Como un cencerro.

Marian recorrió la habitación y enderezó los cuadros y lámparas de la pared, y miró que las lámparas, los cuencos, las estatuillas y los jarrones que cubrían todas las superficies pulidas estuvieran en su lugar.

—Esto me ha salido bien —insistió Ben. El piano había dejado de tocar.

—Ha sido muy gracioso, sí, muy gracioso —por sorprendente que pudiera parecer, no se había roto nada. La mirada de pánico de Marian se suavizó en una sonrisa débil y carente de convicción. La mujer negó con la cabeza—. Eres imbécil.

—¿Dónde está la cerveza? —respondió Ben, mientras se dejaba caer en el sofá.

Cuando Marian regresaba con las cervezas, el piano volvió a sonar con la misma fuerza que antes. Ben levantó ambas manos en el aire.

—Esto solo puede ser una conspiración. Toda esta puta ciudad quiere acabar conmigo.

Dio una palmada sobre el cojín que tenía a su lado. Marian le entregó el vaso, sacó dos posavasos y se sentó junto a él.

—Baja ahora a encararte con ella —dijo la mujer, e hizo un gesto hacia el suelo con la cabeza.

—Que sea la vieja esa hija de puta quien se pregunte si tiene que encararse conmigo —el hombre dio un sorbo—. Pensará que has sido tú. En cualquier caso eso es lo que le contaré.

—Sí, serías capaz, ¿eh?

—Cada uno por sí mismo, niña.

—Oye —dijo Marian tras unos momentos de silencio—. He tenido una gran idea.

—¿Ah, sí?

—Cambiemos de casa.

Ben sonrió, mirando al vacío, y la acercó hacia sí. Se había desabrochado los botones de la camisa. Marian jugueteó con la costura y luego metió la mano dentro, y le frotó el pecho, que estaba duro y húmedo.

—Ahí abajo no hay nadie y lo sabes muy bien —le dijo en tono confidencial—, nada más que un piano que toca solo. Y arriba hay unos pies que corretean de un lado para otro. No son personas de verdad, tan solo los sonidos de la casa —los dedos de Marian caminaban sobre el pecho de Ben. El hombre se arrellanó en el sofá y su coronilla llegó a tocar la pared—. ¿Ya estás más relajado?

—Sí, estoy en ello.

Ben exhaló un largo suspiro y luego apoyó los pies sobre la mesilla de café. Marian se inclinó sobre él y desplazó la caja de cigarrillos de cristal tallado.

—¿He llegado a contarte mi última crisis? —preguntó el hombre.

—No.

—Recuérdame en algún momento que tengo que contártela. Marian asintió.

—Siempre queda algo por descubrir, aunque llevemos nueve años juntos. ¿A eso se refieren con lo de la aventura del matrimonio?

La mano de Ben buscó la rodilla de Marian y la acarició

con suavidad. El hombre miraba hacia una pequeña grieta en el techo, sin expresión alguna en el rostro. La mujer veía, más allá del perfil de su marido, las ventanas del edificio vecino. Una figura en calzoncillos a rayas deambulaba por uno de los apartamentos.

—¿Y qué tal te ha ido hoy? —preguntó por fin—. ¿O sería mejor que no te preguntara?

—Sí, sería mejor, pero ya has preguntado —respondió el hombre con pereza—. Pues me ha ido igual que siempre. Los chicos han estado brillantes, receptivos. Puro entusiasmo. Luego, para rematar la faena, una reunión de profesores de esas que te aceleran el corazón...

Ben eructó y Marian le dijo:

—¡Cerdo!

El hombre volvió los ojos hacia ella y su sonrisa era inocente y vulnerable, y poco importaba que estuviera demasiado viejo —como él mismo afirmaba—, o no, Marian aún lo encontraba irresistible.

—¿Sabes una cosa? —dijo Ben—. No me gusta mucho mi trabajo.

Lo dijo como si de repente hubiera tenido una revelación.

—En esta época del año siempre dices lo mismo.

—Y siempre lo digo en serio.

—Te queda solo un mes, ¿no? No te vas a morir por esto.

—Esta vez sí, cariño. Me estoy desmoronando —se sentó sobre el sofá y, mirando a la mujer de soslayo, anunció—: He perdido el coche.

—¿Qué has hecho para perderlo?

Ben se lo contó. Marian se rio y el hombre no lograba entender qué era lo que le parecía tan divertido.

—Es una señal, ¿sabes?

Ben imitó el estrépito de un gran derrumbe. Era muy bueno con los efectos sonoros.

—¿Quieres decir que...?

La mujer llevó el dedo índice a la sien y lo hizo girar. En ese

momento fue como si el humor de Ben cambiara de pronto, y por ello, en vez de responder a Marian como correspondía —por ejemplo, asintiendo con vigor—, agarró un cigarrillo en silencio.

—Ya era hora de que te volvieras como los demás —explicó, pero Ben la escuchaba tan solo a medias, porque algo lo distraía... el piano, los niños que jugaban bajo las ventanas. O la cerveza. La cerveza hacía efecto en él, más rápido que el vino. Raramente bebía algo más fuerte.

—¡Eh! —exclamó Marian, y le dio un codazo, y la parte de Ben que había salido de la sala de estar regresó. Dijo:

—¡Hola!

—He descubierto la solución a todos nuestros problemas —anunció Marian, radiante—. Huir —se puso en pie al decir esta última palabra y echó a andar arriba y abajo por la sala—. Y ahora no me grites. Escúchame.

Marian volvió la cabeza. Ben estaba encendiendo el cigarrillo. La mujer agarró el periódico y un cenicero con saco de arena de color verde, y los llevó al sofá. Al ver el periódico, Ben bajó la barbilla hasta el pecho con aires de fatiga. Exhaló una bocanada de humo y Marian vio estrellas, espirales y signos de exclamación en sus hilillos.

—¡No digas nada! —ordenó la mujer.

Colocó el cenicero frente a su marido, aun cuando este ya tuviera otro sobre la mesilla de al lado, un Belleek con delicados adornos. Ben aguardó a que Marian se sentara en el suelo, frente a él.

—La mujer adoptó una posición suplicante —dijo el hombre con voz estentórea.

—Escúchame. —Marian le arreó un puñetazo, se aclaró la garganta y leyó—: Casa de verano sin igual. Tranquila, aislada. Perfecta para familia numerosa. Piscina, playa privada, embarcadero...

Ben se echó a reír.

—¡Escucha! —la mujer siguió leyendo—. Temporada larga. Condiciones muy razonables para las personas adecuadas.

Marian había pronunciado «muy razonables» como si las palabras hubieran estado subrayadas.

—Qué mamones racistas —exclamó Ben.

—No es eso lo que quieren decir —le acercó el periódico como si hubiera sido un tomate especialmente maduro—. A dos horas y media de la ciudad. ¿A ti se te ocurre algo mejor?

—¿De qué ciudad? —preguntó Ben—. ¿Varsovia?

—¡De Nueva York, tonto del culo!

—Y condiciones muy razonables, ¿eh?

—Eso es lo que dice.

Ben dejó el cigarrillo, apartó el periódico a un lado y agarró a Marian por ambas manos, y se las juntó en una posición todavía más suplicante que la anterior.

—Cariño —empezó a decir Ben—, ese escritorio de ahí también era razonable, ¿te acuerdas?

Hizo un gesto con la cabeza en dirección al viejo escritorio sobre el que se hallaban sus papeles y también alguno de sus libros. En realidad trabajaba en la mesa de la cocina.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Una lección de semántica. La decadencia y caída del significado.

—¡Basta, por favor! Ahora no estamos en el aula de mala muerte donde das clase.

—Por suerte para nosotros —siguió diciendo, con cuidado de hablar en tono ligero, sin trazas de reproche.

—El aparador era razonable, o por lo menos eso es lo que me dijeron, y también esas sillas tan elegantes...

—Las Bergères...

—...las mesillas, las lámparas, todas esas tonterías que decoran la casa y todo eso que tienes escondido en los armarios y que solo Dios sabrá lo que es. La palabra «razonable», o una parodia de ella, nos han dejado con unos dos mil en el banco, al cabo de nueve años.

—Seguramente son dos mil más de lo que tienen muchas

otras personas —replicó Marian—. ¿Cómo es que ahora echas espumarajos por la boca, por el amor de Dios?

—Porque una casa con playa, piscina y embarcadero no puede ser razonable de ninguna manera. Y creo que podemos dar por terminado este asunto.

—Ben J. Negativo. Siempre negativo.

—No podemos pagarnos una casa de verano. —Ben subía y bajaba las manos al ritmo de las palabras. El periódico cayó entre ambos, cubierto de números de teléfono y garabatos varios—. ¿Qué hay de malo en pasar dos semanas en el norte del Estado? ¿Tres semanas, si tú quieres?

—¡Ajjj! —fue la respuesta de Marian. La mujer se zafó de las manos de su esposo. Durante un largo momento de silencio, entre la primera y la segunda ronda, se miraron el uno al otro, Marian con un exagerado mohín, para que Ben se sintiera irremediablemente cruel e irrazonable—. ¡Benjie! —gimoteó, al tiempo que se acercaba a él—. ¿Por qué te pones tan idiota? —se metió entre las piernas del hombre y le apretó la cara contra el pecho. Sus cabellos le rozaron los brazos.

Ben permitió que Marian maniobrara hasta hallarse en posición. Luego le dijo:

—Ya lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

Ben sentía las palabras contra el pecho.

—Que te pongas tan sexi. Quieres camelarme para que te diga que sí.

—¿Tú te crees que yo haría algo tan mezquino y tan obvio? —lo abrazó con más fuerza todavía—. Al menos podríamos echarle una ojeada, ¿no? Aunque tan solo sea para que puedas demostrarme cuánta razón tienes y lo muy inteligente y sensato que eres. —Marian levantó los ojos hacia la barbilla de Ben. La expresión de su cara, si es que Ben alcanzaba a verla, era de desesperada culpabilidad—. La verdad es que ya me he puesto en ello... Los he llamado.

—Los has llamado —repitió Ben sin alterarse.

—A esa gente tan encantadora que además es tan razonable. Nos están esperando.

—¿Para cuándo?

—¿El sábado? —preguntó Marian. El silencio de Ben la animó—. Imagina, Benjie... un maravilloso paseo por los pastizales, un almuerzo campestre con todos tus manjares favoritos. Ahora no me hagas quedar mal. Di que sí.

—No.

Pero, por supuesto, Ben iría a donde ella fuera, como había hecho siempre durante los últimos años. Había articulado las palabras, había formulado la obligatoria protesta, y Marian había respondido cual antífona. Empezarían por chalés de playa razonables que se alquilarían por mil dólares mensuales y luego irían bajando de nivel hasta cabañas cutres a orillas del lago, o colonias de *bungalows* habitadas por tribus de niños chillones y mujeres que se quedaban viudas los días laborables. Queens trasplantado. Tumbonas plegables, muebles desvencijados, decoración de todo a un dólar en las paredes y suelos de madera desnuda que estarían siempre húmedos y llenos de arena. Se imaginaba ya a Marian en un entorno de ese tipo. Pero la fantasía persistía.

La mujer guardaba silencio, a la espera de que Ben cediese, y este sintió un roce discreto, furtivo, bajo la pernera del pantalón.

—Me imagino —dijo el hombre por fin— que existen maneras aún peores de pasar un sábado.

Marian sonrió, pero su sonrisa no era triunfal. Su voz estaba teñida de un vago remordimiento.

—No te habrás enfadado, ¿verdad? Por lo de las llamadas... Tendría que haber esperado, ya lo sé, pero es que a veces eres... Y es algo de ti que me encanta, de verdad, me encanta... A veces eres tan negativo... —elevó el rostro hasta la misma altura que Ben—. Si esto nos sale bien, será estupendo. No tendríamos que preocuparnos por Davey ni por la condenada bicicleta. Y ya que estamos, tampoco tendrías que preocuparte por mí. No tendrías que preguntarte si me encontrarás aquí, o espachurrada

abajo en la acera, que es lo que terminará pasando si tengo que pasar otro verano en este pozo de mierda.

—No, no estoy enfadado.

—¡Ese es el Benjie que a mí me gusta!

El hombre cambió de posición, como si no se sintiera cómodo.

—Lo que sí que estoy es lo que podríamos llamar cachondo, y si no quieres montar un número porno ante todos esos que están en el edificio de enfrente... —Ben se tumbó de nuevo en el sofá, zafándose de Marian, que echó una rápida mirada en dirección a la ventana abierta. La Supervisora seguía en su puesto de observación, con sus enormes pechos apoyados sobre el alféizar. El griterío en el patio continuaba—. Además —añadió con una risilla—, ya no tenemos coche, ¿te acuerdas? —y mientras decía estas palabras, el piano del piso de abajo retumbó en un desafinado clímax y le vino a la cabeza el nombre de Mayberry Heights. Y el edificio a media manzana de Mayberry Heights, en Wood Avenue, donde había aparcado el Camaro —sí, no le cabía ninguna duda— frente a la ventana grande del vestíbulo. Recordaba muy bien el helecho de plástico, la lámpara y las sillas de dentro, todo ello encadenado a la pared.